

BREVE HISTORIA DEL RENACIMIENTO

Historia del arte: volumen 9

Carlos Javier Taranilla de la Varga



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia del Renacimiento. Historia del arte: volumen 9*
Autor: © Carlos Javier Taranilla

Copyright de la presente edición: © 2021 Ediciones Nowtilus, S.L.
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: *La Gioconda* o *Mona Lisa*, Leonardo Da Vinci.
Museo del Louvre, París.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-1305-212-0
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-1305-213-7
ISBN edición digital: 978-84-1305-214-4
Fecha de edición: octubre 2021

Al recuerdo de mi madre,
sol de oro que renace cada día

Índice

Prólogo	13
Introducción. El Renacimiento en el origen del mundo moderno	19
Capítulo 1. Hacia nuevos horizontes (siglo xv)	23
Causas de los descubrimientos geográficos allende los mares	23
Las exploraciones portuguesas. Un gran planeta para un pequeño país	27
Castilla se abre al Atlántico: de las llanuras sin fin a la inmensidad del océano	31
La primera vuelta a la Tierra. Volver al punto de partida dando un rodeo	44

Capítulo 2. La ruptura con la Edad Media (siglo xv)	49
La filosofía del humanismo:	
<i>carpe diem</i> , el ahora es lo que importa	49
<i>Duecento, Trecento</i> : las raíces	57
La Italia de las señorías, más que ciudades-Estado	62
Cuando Europa aún era gótica: el <i>quattrocento</i>	64
Capítulo 3. Todo cambia (siglos xv-xvi)	93
Una economía en continuo crecimiento	93
Una sociedad en transformación	96
Una cultura renovada	97
Una religión reformada y contrarreformada	99
Una polifonía tan vocal como profana	110
Capítulo 4. La moda renacentista se extiende por Europa (siglos xv-xvi)	113
La formación de las nacionalidades europeas ...	113
Con un pie aún en el gótico	118
Durero, el prototipo de hombre renacentista ...	125
Francia, escorada hacia lo profano en su erotismo desinhibido	133
Capítulo 5. España por todas partes (siglo xvi)	137
Comuneros y Germanías contra un rey extranjero...	137
El nuevo César. La <i>Universitas Christiana</i>	144
Nunca se pone el sol	153
Las bancarrotas de un rey nada prudente	163
Capítulo 6. Un nuevo continente por delante (siglo xvi)	167
La evangelización y la cultura en las tierras conquistadas	167

La revolución de los precios	169
Colonización española: mano de obra indígena como carne de cañón	173
El arte colonial.....	178
Colonias inglesas y francesas: el genocidio negro	194
Capítulo 7. El gran <i>cinquecento</i> italiano (siglo XVI)	197
Roma, la Ciudad Eterna	197
El <i>sfumato</i> en la paleta del genial Leonardo	204
La <i>terribilità</i> en la fuerza contenida de Miguel Ángel	208
La armonía clasicista de Rafael	213
La luz y el color de la escuela veneciana	217
El manierismo, un virtuosismo inútil	227
Capítulo 8. El caso español (siglo XVI), preludio del Siglo de Oro	231
Llegar bastante tarde	231
La pluma en manos de plata	235
La edad de oro de la polifonía	248
Capítulo 9. Artes del Renacimiento hispano: mejor tarde que nunca (siglo XVI)	251
Un Renacimiento tardío y desfasado	251
Una labor más propia de plateros	253
Esculpir, tallar el cielo	278
Pintar el otro mundo	295
Glosario	315
Bibliografía	335

Prólogo

Hay vocablos de los que emana una especial fascinación. Uno de ellos es sin duda Renacimiento.

Si nacimiento vale por alumbramiento, renacimiento debe de valer por realumbramiento. Y no hubo de experimentarse otra cosa en Europa, tras el oscurantismo de la Edad Media. Pero alumbrar equivale también a iluminar, alumbramiento a iluminación, y ese fue, centurias más tarde, el lema más activo de la Ilustración, no en vano a su siglo se lo denominó «de las Luces». ¡Luz, luz!, reclamaban los espíritus más inquietos. Una luz espiritual, pero no destinada al alma, de la que ya habían tenido bastante durante la Edad Media, sino al cuerpo, cuyo rector es la mente, el intelecto. Para ello se sirvieron de un instrumento decisivo: la imprenta, un regalo de los renacentistas, inventada por Gutenberg hacia el 1440. De modo que

en el siglo XVIII, consolidado y extendido su uso, esa luz vino a concretarse en la escritura, en la difusión de obras que se dirigían directamente al pensamiento.

En los siglos que van del XIV al XVI es acaso posible que, con el invento todavía muy reciente, el énfasis transformador se viese compelido a actuar con preferencia sobre el arte y no sobre el pensamiento. Es entonces cuando se produce un cambio que, teniendo muy poco de milagro, tiene mucho de prodigio: esa paulatina transfiguración de los iconos religiosos en el reflejo de hombres y mujeres de carne y hueso. Y es así como el hombre empieza a ser de nuevo la medida de todas las cosas, algo que había sido enunciado por Pitágoras nada menos que en el siglo V antes de Cristo.

A mi juicio, acierta el autor de esta Breve Historia —breve pero enjundiosa— al comenzar su texto con los descubrimientos geográficos. ¿Cómo humanizar nuestra visión del mundo sin conocerlo? Y son precisamente los descubrimientos promovidos por las coronas portuguesa y española los que posibilitan decisivamente esa nueva mirada, mediante hazañas de hombres semejantes —cuando no superiores— a los héroes de Homero.

El texto, sin necesidad de énfasis, pone de relieve el enorme protagonismo ibérico en esos siglos determinantes para el ser de Europa y del mundo. España y Portugal o, dicho con mejor justicia, Portugal y España, muestran al hombre el planeta en el que viven, lo recorren, descubren tierras inexploradas, continentes ignorados, eliminan ideas mostrencas y revolucionan el arte de la navegación. Ya no hay mitológicos dragones ni abismos al final de las aguas oceánicas, el mundo es una esfera, la misma que Eratóstenes había medido con la ayuda de un palo bajo el sol en el siglo III antes de Cristo. Un grupo de marinos españoles a bordo de la nao Victoria, capitaneada primero por Magallanes y, tras su muerte

en medio del viaje, por Juan Sebastián Elcano, comprobaron empíricamente aquella verdad. La Edad Media quedaba definitivamente atrás.

El autor dosifica los datos de manera que, sirviendo al conocimiento, transpiran amenidad. El lector agradecerá conocer, o recordar, que las celebérrimas tres carabelas con las que se arribó por primera vez a América, la Pinta, la Niña y la Santa María, tomaron su nombre de sus armadores, Pinto y Niño, mientras que la última, llamada Marigalante (propiedad del cartógrafo cántabro Juan de la Cosa) fue rebautizada en honor de la Virgen María. Y le gustará saber que un tipo de construcción, que unía el uso residencial con la explotación agrícola, creado en Italia por Andrea di Pedro, apodado Palladio, está en el origen de las mansiones del sur de los Estados Unidos, tan familiares por las películas americanas. O que el Capitolio de Washington, la catedral de Saint Paul de Londres, Les Invalides de París y San Pedro del Vaticano se inspiraron en el *duomo* de Santa María del Fiori, lo que los italianos llaman *il cupolone*, la genial obra de Filippo Brunelleschi. Y podrá también satisfacer alguna pequeña curiosidad, como esa que vincula el adjetivo cabrón, de uso tan frecuente entre españoles, con un pirata gaditano, Pedro Fernández Cabrón, cuyo apellido empezó a usarse como insulto ante las atrocidades de que gustaba.

Hay en el libro una acertada sumisión a lo que promete el título, una breve historia, pero la brevedad no suele limitar la inteligencia. Estas páginas recogen con estructura de diccionario, a veces, no solo el detalle significativo, sino —lo que es muy importante— la visión de conjunto, la que nace del criterio esclarecido y bien fundamentado. El lector no encontrará en él reivindicaciones chovinistas, por más que en el texto tenga acogida una narración poco frecuente en

cualquier historia sobre el mismo asunto. Basta recordar aquella colección sobre historia universal publicada por el famoso científico y escritor norteamericano, Isaac Asimov, en la que ni siquiera anotaba en sus muchas páginas la existencia de un Siglo de Oro español, esa edad cimera de nuestras letras que comienza y madura precisamente en este período.

El protagonismo de España en el Renacimiento es muy grande en las artes y en las letras; es decisivo en lo geográfico y en lo militar; de modo que si todavía hoy permanece apartado de los textos que se escriben en otras latitudes, esto debe achacarse a la inercia enormemente hostil de una propaganda política nacida en aquellas naciones que por entonces empezaron a constituirse como tales contra la supremacía del Imperio español.

Queda claro, pues, que no es posible confundir brevedad con simpleza. En mis manuales de bachillerato se consideraba la llegada del Renacimiento como un especie de gran nube que, engordada por las élites huidas de la Constantinopla recién conquistada por el turco, descargaba de súbito una lluvia fértil sobre las ciudades y campos de Italia, desde donde se propagaría por todo Occidente. Hoy la historiografía tiende a ver en los sucesos un fluir más sosegado en el que son raros los abruptos cambios de curso. Por eso, sin menoscabar la importancia de la caída de Constantinopla, hay quien ha llevado su vista dos o tres siglos atrás en la vida del propio Occidente, lo que —preciso es reconocerlo— queda apuntado en este libro.

No obstante, y como colofón a este breve espacio en el que estoy de mero invitado, me atrevo a solicitar a nuestro autor que siga deleitándonos con nuevas publicaciones, adentrándose en esa senda temporal hasta el relato de los antecedentes más remotos de lo que aquí

se estudia y que tanto atañen a España. Me refiero sobre todo a la España musulmana, no suficientemente atendida desde ámbitos europeos, en la que se produjo una admirable y fecunda superposición de culturas entre Oriente y Occidente. No en vano la Bética fue una de las provincias más y mejor romanizadas del imperio de los césares. Su legado más visible ha quedado fijado en la piedra de sus monumentos, pero también en la ciencia y en el pensamiento que iluminaron a la Europa más oscura, siglos antes de los sucesos, objeto principal de esta breve historia. Una mirada que llevada hacia los más modestos reinos cristianos españoles de entonces podría encontrar, junto a ese arte gótico, menospreciado por el Vasari constructor del palacio Uffizi, la grata sorpresa de unos monumentos jurídicos y unas formas de gobierno sumamente originales, que hicieron realidad el dicho medieval «la ciudad hace al hombre libre», algo no solo exagerado, sino inexacto más allá de los Pirineos, pero verdad a este lado, donde los súbditos del entonces reino de León se esforzaron por hacerlo posible incluso extramuros de sus ciudades.

Juan Pedro Aparicio

Introducción.

El Renacimiento en el origen del mundo moderno

Aunque parece haber sido el artista y teórico italiano Giorgio Vasari el primero en utilizar el término *rinascità* en su célebre obra de 1550 *Vida de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos*, además de figurar la expresión «Roma rinata» en Maquiavelo o la voz «renacer» en Melanchton, se afirma que fue el francés Jules Michelet en el tomo séptimo de su *Historia de Francia*, titulado *La Renaissance* (1855), quien, al utilizar el término Renacimiento, lo definió como un «descubrimiento» del mundo y del hombre tras la Edad Media.

El concepto fue fijado por el historiador suizo, profesor en la Universidad de Basilea, Jacob Burckhardt (1818-1897), en su obra *La civilización del Renacimiento en Italia* (1860), para designar el movimiento cultural, artístico y literario que tuvo lugar en Europa, circunscribiéndolo a Italia pero no con el concepto de un estilo o período cultural más de la historia de la humanidad, sino como

si se hubiese tratado de una nueva organización social y política, aún más, un grado de civilización que, por tanto, implicaba una ruptura con el Medievo, lo cual nunca se produjo porque existió continuidad de un período a otro, como se observa en el transcurso del siglo xv.

Cronológicamente, su inicio, duración y delimitación variaron según los diversos Estados, mediatizados, como dice Valeriano Bozal, por las respectivas tradiciones.

Se diferencian dos grandes fases: siglo xv y siglo xvi. En la primera se da el caso particular de Italia con respecto a Europa, que consiste en un regreso al mundo grecorromano mientras el resto del continente, a pesar de sus bases humanísticas, no se plantea el retorno a la Antigüedad y desarrolla una cultura gótica avanzada, reflejando la decadencia del mundo medieval. En este sentido, se puede establecer una clara diferenciación entre humanismo nórdico, que plantea una fase terminal de la Edad Media, y en arte un gótico tardío, y humanismo clásico, que propugna la vuelta a las fuentes grecolatinas y en arte se corresponde con el gusto hacia el clasicismo.

En el siglo xvi se desarrollan ya en Italia el pleno clasicismo y el manierismo, mientras en el resto de Europa se produce una asimilación tardía e imperfecta de las corrientes artísticas italianas, que se superponen a las culturas goticistas.

El origen del Renacimiento, por tanto, se encuentra en el país transalpino, donde se manifestaron dos grandes períodos: *quattrocento* (1400-1499) o primer Renacimiento y *cinquecento* (1500-1599) o segundo Renacimiento, pero ya desde el *trecento* (1300-1399) e incluso desde el *duecento* (1200-1299) se puede hablar de prerrenacimiento y protorrenacimiento al producirse el ocaso de los tiempos góticos durante el que se conoce como «otoño de la Edad Media». Así puede verse en Dante Alighieri (1265-1321), Petrarca (1304-1374) y Giovanni Boccaccio (1313-1375), considerados como los precursores

del Renacimiento por su interés en el conocimiento de los escritores clásicos. De hecho, Petrarca fue el primero en proponer un retorno a la Antigüedad, pero no como copia simple, sino como inspiración: la Edad Antigua fue una edad de oro que, en el mito del eterno retorno, debe ahora reiniciarse.

El movimiento renacentista se inicia en Florencia, desde donde se propaga velozmente por Italia para ir cruzando sus fronteras a lo largo del siglo xv y extenderse a otras naciones: Flandes, Países Bajos, Francia, Alemania, España, Portugal, aunque sin la fuerza que tuvo en su lugar de origen. Por ejemplo, en nuestra patria, no llegó a desarrollarse hasta el siglo xvi debido a la fuerte raigambre que mantenía el estilo gótico.

Culturalmente, uno de los rasgos básicos que caracterizan al Renacimiento, además del interés por hacer renacer la cultura grecolatina, es el antropocentrismo, que supone la revalorización del hombre y, por ello, de la naturaleza, de la cual se derivan contenidos formales en el campo de la plástica, como el estudio de la anatomía humana y el arte del retrato, en el que predomina el tipo de medio cuerpo de perfil, a causa de la importancia que adquiere el individuo; o la labra de sepulcros, debido al ansia de perduración de la vida y al deseo de narrar las glorias pasadas. Esta revalorización de la persona condujo al enaltecimiento del artista, el cual, como en la Grecia clásica, a pesar de que su trabajo era infravalorado por las clases nobles, paulatinamente comienza a ser considerado un creador más por su concepción mental de la obra que por la ejecución manual, artesana, de la misma.

La labor de los artistas no hubiera sido posible sin la colaboración de los mecenas, aristócratas ricos y poderosos que se vanagloriaban de patrocinar la creación intelectual a través de las grandes posibilidades económicas que les proporcionaban sus rentas patrimoniales y sus prósperos negocios en el boyante capitalismo mercantil.

El amor a la naturaleza se plasmó en el deseo de imitarla; para ello era necesario analizarla a fondo, estudiarla para representarla. Desde ese trabajo, apoyándose en los nuevos estudios sobre la perspectiva espacial, nació el dominio de la composición y el volumen tridimensional, así como la revalorización del fondo de la escena y, con él, del paisaje.

Filosóficamente, se planteó la cuestión de compaginar la Antigüedad clásica, en su paganismo, con el mundo cristiano. En el arte, se optó por tratar ambos mundos por igual. Así, en arquitectura, surgieron iglesias cristianas que presentaban elementos propios de los templos paganos, como cúpulas y frontones. En la escultura y en la pintura, al mismo tiempo que se buscaba la simetría, el equilibrio compositivo y las proporciones del cuerpo humano, se realizaron obras tanto de tema religioso como mitológico, dependiendo del cliente que hiciera los encargos: la Iglesia solicitará siempre obras de temática cristiana —además de retratos papales o cardenalicios— y la aristocracia, junto a la nueva burguesía comercial y financiera —presente, sobre todo, en el centro y norte de Europa—, encargará, además de temas profanos, obras mitológicas.

Resumiendo, el Renacimiento, en general, se caracterizó por una vuelta a las formas clásicas de la Antigüedad grecolatina y el abandono total del espíritu de la Edad Media y de sus cánones morales y artísticos. Desapareció el teocentrismo para ser sustituido por un antropocentrismo vitalista, favorecido por los cambios socioeconómicos, que implicaron la desaparición del feudalismo y la apertura de nuevos horizontes en el próspero capitalismo comercial que se estaba desarrollando cada vez con más ímpetu, al que contribuyó decididamente la apertura de nuevas rutas a partir de los grandes descubrimientos geográficos que, como vamos a ver a continuación, tuvieron lugar durante la trascendental decimoquinta centuria.

1

Hacia nuevos horizontes (siglo xv)

CAUSAS DE LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS ALLENDE LOS MARES

Hubo diversas causas y factores que contribuyeron a los trascendentales descubrimientos geográficos que tuvieron lugar a partir del siglo xv, los cuales sacarían a los europeos definitivamente de sus cortos límites, que solo habían traspasado algunos intrépidos, arriesgados viajeros, para conocer otras tierras más allá de los santos lugares, pues estos habían sido objeto de peregrinación ya desde los últimos tiempos de la Antigüedad. Entre ellos destacó, a fines del siglo xiii, el veneciano Marco Polo, que permaneció durante veinte años al servicio del emperador Kublai Kan (nieto de Gengis Kan) en la China conquistada por los mongoles a mediados de dicho siglo, y relató *a posteriori*, cuando estuvo prisionero en su tierra, todas las experiencias

que había vivido y los adelantos que conoció en aquellas exóticas y lejanas tierras —la pólvora, la imprenta, el papel moneda— a través de su famoso libro *Los viajes de Marco Polo o Libro de las maravillas*.

Dos centurias más tarde, además de una motivación de tipo espiritual, como la pervivencia del espíritu medieval de cruzada contra los infieles o el de evangelización de los paganos, al igual que el afán de trabar contacto con legendarios personajes cristianos rodeados de infieles —el Preste Juan, probablemente el Negus o emperador de Etiopía, que era tenido por descendiente de Salomón, y Makeda, la reina de Saba—, se impone también, fundamentalmente, otra doble motivación: en primer lugar, la necesidad de buscar nuevas rutas comerciales unida al ansia por la obtención de oro y piedras preciosas; en segundo lugar, el deseo de lograr la fama a través de la aventura, en consonancia con el espíritu individualista característico de la cultura humanista y del Renacimiento. A todo ello, de modo complementario e indispensable, contribuyeron los avances técnicos que mejoraron ostensiblemente la navegación.

Respecto a la primera circunstancia, la conquista de Constantinopla por los turcos otomanos, en 1453, había dejado sellado el paso hacia Extremo Oriente de las caravanas que por la antigua Ruta de la Seda comerciaban con Europa —Génova, Venecia, Cataluña, Mallorca y Marsella, sobre todo— trayendo las ricas telas y los refinados productos de lujo (esencias, maderas preciosas, alcanfor, algodón, ruibarbo) desde China oriental. Recorrían el norte del país y se internaban en Asia Central bordeando desiertos y cadenas montañosas, efectuando paradas en ciudades como Kasgar, Taskent y Samarkanda. Atravesaban Persia y el norte de Arabia y llegaban a los puertos del Mediterráneo oriental, como Alejandría, donde los mercaderes europeos adquirían sus productos,

que en el viejo continente tenían una fuerte demanda entre las clases pudientes. Por ello, era necesario encontrar una ruta que, salvando el escollo de los musulmanes, permitiera continuar los intercambios comerciales, tanto de estos productos de lujo como de las codiciadas especias (pimienta, canela, clavo, nuez moscada, azafrán) procedentes de las islas conocidas con tal nombre (hoy Molucas, Célebes, Sumatra, Java, Borneo), condimentos que eran indispensables tanto en la farmacopea de la época como para el sazonomiento y conservación de las carnes.

A pesar del miedo a perderse en la mar una vez que se dejaba de otear la costa, así como de las leyendas que habían surgido sobre los tremendos peligros que aguardaban en el «océano Tenebroso» a quienes se adentraran en él —serpientes monstruosas, aguas hirvientes—, junto a la creencia de que, al final, aguardaba un abismo porque según se afirmaba vivimos en un planeta plano, pues plana es la línea que se observa en el horizonte, la convicción de algunos marinos como Cristóbal Colón de que la Tierra es redonda —ya lo había dicho Pitágoras cuando hizo observar que al alejarse un barco no se pierde de vista su velamen repentina sino paulatinamente, señal de que discurre por una superficie esférica— les llevó a buscar el contacto con las islas de las Especies navegando hacia el oeste.

Sin embargo, está claro que nada de esto hubiera podido llevarse a cabo sin los necesarios avances que se produjeron en el arte y la técnica de la navegación, como el timón axial, el desarrollo de las cartas «de marear» y los nuevos mapas de costas o portulanos —conocidos con este nombre porque las líneas dibujadas unían puertos—, que permitían reconocer el territorio desde el mar, así como el uso de un instrumental adecuado: la brújula, el cuadrante y el astrolabio.

La primera —indispensable para mantener el rumbo una vez que se pierde de vista la línea de costa— posee una

aguja imantada que indica siempre el norte magnético y permite, por tanto, orientarse. Ya había sido introducida a partir del siglo XIII por los árabes, al igual que el astrolabio, perfeccionado en estas fechas; con él, los marinos podían conocer la latitud aproximada por la que navegaban a través de la altura del sol sobre el horizonte según las épocas del año, aplicando las tablas de declinación del astro rey —que ya se conocían en la Edad Media— una vez medido el ángulo que formaba el barco con nuestra estrella. El cuadrante, que se utilizaba para medir la altura de los astros según el ángulo formado por el horizonte y la mirada, es una placa metálica con forma de cuarto de círculo graduado, en uno de cuyos lados existen dos mirillas para dirigirlo hacia un astro; de su vértice cuelga una plomada que indica la dirección vertical.

En 1478 el judío español Abraham Zacuto, que ejerció la docencia en la Universidad de Salamanca, publicó su *Almanaque perpetuo*, con el que era posible calcular coordenadas geográficas como la longitud a través de las diferencias horarias.

A estos adelantos se unió la construcción de navíos más veloces que la coca y la galera, utilizadas hasta entonces para el tráfico comercial por el Mediterráneo. Estos barcos pesados no eran aptos para la navegación por las aguas tempestuosas y profundas del océano Atlántico.

Los portugueses —aunque el secreto de sus adelantos técnicos terminó durando lo que el humo— fueron los primeros que construyeron nuevos navíos: la nao y la carabela. La primera era un barco de velas cuadradas y tres mástiles: el mayor, en el centro, en cuya cima se situaba la cofa o canastilla del vigía; el trinquete, a proa, que era muy elevada para hacer frente al oleaje del Atlántico; y el de mesana, a popa, donde se hallaba el timonel. La segunda, originalmente una embarcación de pesca, ahora perfeccionada y agrandada, aunque no llegó a alcanzar

el tamaño de la nao, contaba con tres o cuatro palos (los citados anteriormente más el botolón) y combinaba velas cuadradas que le permitían tomar velocidad y velas triangulares (latinas) para facilitar las maniobras; cambiando la disposición de las mismas, aprovechaba el viento aunque no fuera favorable, si soplaba de costado, para navegar en zigzag en una dirección. Beneficiada además por su no excesivo tonelaje (entre cien y ciento cincuenta toneladas), la carabela contaba con la posibilidad de embarcar una tripulación de hasta treinta marineros. Estos barcos, frente a los navíos medievales, admitían mayor capacidad de carga, sobre todo en las bodegas, cuyo espacio se aprovechaba en su totalidad, puesto que no necesitaban remeros para impulsarse. Su perfeccionamiento técnico dará lugar al galeón, un navío de mayor tamaño pero más rápido, que enarbolaba tres o cuatro palos y velas de cruz.

LAS EXPLORACIONES PORTUGUESAS. UN GRAN PLANETA PARA UN PEQUEÑO PAÍS

Fueron los marinos portugueses los primeros en adentrarse en mar abierto navegando en dirección sur y bordeando las costas africanas en pos del ansiado punto que les permitiera doblar el continente para enlazar con las tierras asiáticas. A ello contribuyó el impulso dado a las exploraciones marítimas por el infante Enrique (1394-1460), que por ello mereció el apodo de el Navegante —acuñado por dos historiadores alemanes del siglo XIX—, no solo financiando las expediciones sino también a través de la formación de expertos marinos y cartógrafos para establecer las rutas por las que deberían adentrarse. Según tradición sin documentar, se instaló en Sagres (el Algarve, cerca del cabo San Vicente), donde fundó una escuela de navegación y un centro de estudios de astronomía.

Así mismo, también contribuyeron especialmente a las exploraciones, como ya hemos dicho, el interés por llegar a las que se conocían como islas de las Especies y la intención de adentrarse en el Sudán a la búsqueda de oro y marfil.

Con la ayuda de los nuevos avances técnicos antes descritos, a lo largo de todo el siglo xv los marinos lusos, tras ocupar Ceuta (1415), fueron llegando a la isla de Madeira (1418) y al archipiélago de las Azores (1431), desde donde, debido a la incertidumbre y el temor que producía el aún inexplorado océano que se extendía a poniente, tomaron rumbo sur, Atlántico abajo.

Alcanzaron así, traspasados el cabo Bojador y el cabo Verde (1444), las islas del mismo nombre y, posteriormente, el golfo de Guinea (1460), donde se adentraron a la caza y captura de esclavos negros, de los que fueron arrastrados más de un millar a Lisboa, lo que dio comienzo al tráfico de seres humanos, uno de los episodios más ignominiosos de la humanidad. Los portugueses se ampararon en una bula papal que hacía de África escenario para la conversión de sus habitantes al cristianismo, nada más alejado en la práctica de los principios de la doctrina, que hablan, como todos sabemos, del amor al prójimo, no de su cacería.

En tiempos del rey Juan II (1481-1495), tras llegar a la desembocadura del Congo (1484), cuando ya Diego Cao había superado la línea del Ecuador (1482), Bartolomé Díaz, después de soportar tremendas tempestades y jornadas increíbles en las que la tripulación acabó diezmada por el escorbuto, la sed y el hambre —que hacía codiciar el serrín, el cuero e incluso las ratas de a bordo—, logró doblar en 1487 el cabo de las Tormentas, rebautizado como de la Buena Esperanza porque abría la ruta al océano Índico y, a través de él, a las buscadas tierras asiáticas.

Por fin, más de otros diez años después, en 1498, otro navegante portugués, Vasco de Gama, partiendo



Torre de Belem, en Lisboa, obra de Francisco de Arruda, iniciada en 1515 en memoria del navegante Vasco de Gama, que llegó hasta Calcuta por la ruta del cabo de Buena Esperanza. Desde aquí se despedía a los navegantes con la esperanza de que su nombre, relacionado con el nacimiento de Jesús, trajera también el regreso de los marineros. Foto: Pablo Prieto Aparicio.

de Belem, consiguió, adentrándose en el Índico, llegar a Calicut (Calcuta), en la península del Indostán.

Pero el monarca luso, en su deseo de ampliar las rutas —una vez descubierta América—, ordenó al navegante Pedro Álvarez Cabral, que viajaba hacia la India, desviarse hacia el oeste a la altura de Cabo Verde. De esa manera, cruzó el Atlántico y arribó, en 1500, a una tierra que denominó Brasil, aunque para no entrar en conflicto con el reparto que se había acordado con Castilla en el Tratado de Tordesillas (1494), declaró que había sido arrastrado por una tempestad. Por tanto, si Colón no hubiera llegado a América, lo habrían hecho, ocho años más tarde, los portugueses.

Posteriormente, Cabral llegó a la India y regresó a Portugal con un rico cargamento de especias, lo que demostró la rentabilidad de esta ruta. Por ello, los portugueses establecieron factorías comerciales en puntos intermedios, como la isla de Madagascar, además de en el propio subcontinente hindú, como Goa, que tras su conquista (1510) por el virrey de Albuquerque fue la capital de las «Indias portuguesas». Desde ahí, al año siguiente, después de ocupar la península de Malaca, llegaron a las islas Célebes y a las Molucas, por fin las codiciadas tierras de las especias. En 1530 tocaron la costa china y fundaron la colonia de Macao, que enarboló bandera portuguesa hasta el 19 de diciembre del año 1999, fecha en la que fue devuelta a la soberanía china (con las lágrimas del presidente Jorge Sampaio).

De esta manera, se terminó abriendo la ruta comercial conocida como *Carrera da India*, que proporcionaría a Portugal durante gran parte del siglo XVI el monopolio del comercio de la seda y las especias con Europa, donde se vendían hasta cinco veces más baratas que las que traficaban los intermediarios turcos y árabes en Venecia, asestando así a esta república italiana un duro revés en su economía.

Una vez al año, por Pascua, partía de Lisboa una flotilla formada por cuatro o cinco naves que, tras bordear África, llegaba a Mozambique en el mes de junio. Aprovechando el monzón, arribaban al puerto de Goa tres o cuatro meses después. En diciembre, tras llenar las naves de especias y mercancías exóticas, adquiridas en moneda de oro y plata europea a los mercaderes hindúes, malayos y chinos, partían para su lugar de procedencia, Lisboa, al que llegaban casi dos años después de haberlo abandonado.

CASTILLA SE ABRE AL ATLÁNTICO: DE LAS LLANURAS SIN FIN A LA INMENSIDAD DEL OCÉANO

A lo largo del siglo xv los marinos del sudoeste de Andalucía habían venido manteniendo un intenso tráfico con el noroeste de África, tanto por intereses pesqueros como, especialmente, por el ansia de comerciar con el oro y los esclavos negros capturados en el interior del explotado continente que se conoce con ese mismo sobrenombre.

El sistema hereditario de Castilla, que dejaba toda la fortuna familiar en manos del hijo mayor (mayorazgo), creó una clase de segundones entre la alta nobleza que, próxima a finalizar la campaña de la Reconquista, buscaba fortuna en las exploraciones allende los mares. Uno de los puntos hacia el que se dirigieron fueron las islas Canarias, ya desde tiempos de Enrique III el Doliente (1379-1406), para concluir su conquista reinando los Reyes Católicos.

Fulgor y conquista de las islas Canarias

En 1402 el normando Jean de Bethencourt y su lugarteniente Gadifer de la Salle desembarcaron en Lanzarote con una expedición de cincuenta y tres hombres en busca de la orchilla, un colorante natural para el teñido de telas que era muy demandado. Tras cruentas luchas con el rey Guadarfía, lograron la conquista de la isla dos años después y la pusieron bajo la soberanía del rey de Castilla.

Un año más tarde conquistaron también Fuerteventura, la antigua Herbaria —llamada así por la vegetación que en otro tiempo cubrió su territorio—, después de imponerse a los dos reinos en los que se hallaba dividida la isla, cuya frontera divisoria, según relatan algunas crónicas, estaba formada por una muralla de piedra que se extendía de mar a mar. Uno de aquellos conquistadores

fundó la ciudad que lleva su nombre: Betancuria, la «enjalbegada tumba [...], donde la vida como acaba empieza», según el soneto que le dedicó don Miguel de Unamuno cuando anduvo desterrado por estos pagos.

Hacia esas fechas se produjo la conquista de las islas occidentales del archipiélago, La Gomera y El Hierro, obra de los mismos aventureros. En la primera, que ya el historiador romano Plinio el Viejo denominó Junonia Menor, en oposición a la Junonia Mayor o actual isla de La Palma, se sabe, antes de la arribada de los españoles, de varias expediciones portuguesas a fines del siglo XIV con el fin de capturar esclavos. Así mismo, en 1382, arrastrado por una tempestad, había llegado a esta isla el navegante gallego Fernando de Castro. En esa época, el territorio isleño se hallaba dividido en una serie de facciones o bandos de organización tribal: Agana, Ipalán, Mulagua y Orone. Sobre ellos ejercía cierto poder el caudillo guanche Amalahuige, que fue bautizado posteriormente con el nombre del citado marino de tierras galaicas.

Su incorporación a la Corona de Castilla, junto con la vecina isla de El Hierro, se produjo entre los años 1405 y 1420. Se sabe, ya con certeza, que el primer señorío de La Gomera tuvo como titular a Hernán Peraza el Viejo, quien se estableció con carácter permanente en el territorio isleño hacia 1442. En tiempos del gobernador Diego García de Herrera, los Reyes Católicos otorgaron a La Gomera el título de condado, pero el citado mandatario no hizo uso del mismo. A su muerte, Hernán Peraza el Joven, su sucesor, volvió a tomar el título de señor de La Gomera. Se tienen noticias de su tiranía, que dio lugar a sublevaciones indígenas en 1484, hasta el punto de que tuvo que acudir desde Gran Canaria Pedro de Vera, conquistador de la misma, con un par de naves para sofocar la rebelión. A continuación, se procedió a efectuar crueles represalias contra los sublevados que a punto estuvieron de exterminar a la

población indígena de no haber mediado el arzobispo Frías. No obstante, pasados cuatro años, de nuevo los guanches, hartos de la conducta despótica del tirano Peraza, organizaron una conspiración atrayéndolo por medio de amores furtivos a la cueva de Aguajedum, conocida también como «cueva del conde», donde un dardo envenenado acabó con su vida. En tiempos de Guillén Peraza de Ayala, primer conde de La Gomera, se abrió una época de convivencia entre guanches y conquistadores.

Parecida fue, en el aspecto sanguinario, la conquista de El Hierro, la antigua Ezero ('Fuerte'), ya que la población acabó prácticamente exterminada y la isla hubo de repoblarse casi de manera exclusiva con castellanos, de donde procede su acento actual en el lenguaje, como se ha dicho, el lugar donde mejor se habla el castellano fuera de Castilla.

En 1477, ambas islas, junto con la vecina de La Palma, fueron retenidas en su poder por Diego García de Herrera, señor del archipiélago, mientras cedía las islas mayores a Castilla, aunque al cabo de poco tiempo retornaron todas a la soberanía de los Reyes Católicos.

Al año siguiente, Juan Rejón, hidalgo curtido en armas, futuro fundador de la ciudad de Las Palmas, desembarcó en Gran Canaria, poblada por más de cuarenta mil guanches, con seiscientos peones (soldados de infantería) y treinta jinetes. La superioridad de la caballería castellana frente a las armas primitivas de los guanches, que no habían salido de la Edad de Piedra, facilitó la conquista. Pero el carácter despótico del conquistador provocó la sublevación de sus huestes, aunque los Reyes Católicos le confirmaron en el mando y volvieron a enviarle a la isla, esta vez al frente de cuatrocientos nuevos soldados más el refuerzo del pirata gaditano Pedro Fernández Cabrón, cuyo apellido empezó a tomarse como insulto ante las maldades de que hacía gala; en cierta ocasión, emboscado en la caldera de

Tirajana, sufrió una pedrada que le torció la boca y le dejó casi sin dientes.

Debido al concurso de estos personajes de cariz oscuro, los soberanos se decidieron a enviar al capitán Pedro de Vera, en 1480, con un nuevo contingente de ciento setenta hombres. En principio, no sufrió más que derrotas hasta que decidió atacar directamente al reyezuelo guanche Doramas en la zona de Arucas con el objeto de terminar con él para acobardar a sus huestes. Sin embargo, este, a pesar de blandir espada de madera, logró abatir a los castellanos que le atacaban y, decidido, se lanzó contra el propio Vera, pero uno de sus hombres le alcanzó primero; moribundo, aún se revolió contra su agresor hasta que el propio Vera le alanceó en el pecho. Dispersado su pueblo por el territorio, fue fácil para los conquistadores someter la isla.

A continuación se emprendió la conquista de la «isla Corazón» (así llamada por la forma de su silueta recortada sobre la mar), La Palma, antigua Benahoare, a cargo de Alonso Fernández de Lugo, quien había tomado el mando tras la deposición de Vera por los exterminios cometidos en La Gomera. El 29 de septiembre de 1492 desembarcó en la playa de Tzacorte, donde levantó una pequeña fortificación y oyó la primera misa, como era costumbre al arrogarse la función evangelizadora. No obstante, no era esta la primera vez que se acometía la conquista de Benahoare, puesto que en 1447 lo había intentado Hernán Peraza desde La Gomera, pero la expedición terminó en fracaso y perdió la vida el propio Peraza. Dividido el territorio isleño en varios reinos, fueron cayendo uno a uno sus príncipes: Bediesta de Galguen (caudillo de Garafía), Atogmatoma de Hiscaguan (que dominaba Tijarafe), Bentecayce de Tedote (antiguo nombre guanche de la actual capital, Santa Cruz de la Palma), Atabara de Tenagua (dueño de Puntallana), Bediesta de Adeyahamen

(príncipe de Sauces) y Timaba de Tagaragre (señor de Barlovento). Pero el valiente caudillo Tanausú, que tenía sus dominios en la escarpada caldera de Taburiente, era imposible de reducir por las armas, por lo que Fernández de Lugo hubo de recurrir a una estratagema y le solicitó parlamentar en el lugar llamado la fuente del Pino, donde el príncipe guanche fue capturado a traición merced a la irrupción por sorpresa de las tropas castellanas, apostadas en el cercano desfiladero de Adamancansis. El orgullo del valiente Tanausú no le permitía presentarse cargado de cadenas ante otros soberanos, así que, cuando era llevado prisionero a presencia de los Reyes Católicos, se dejó morir de hambre y sed durante la travesía. La conquista de la isla finalizó el 3 de mayo de 1493. La capital, antigua Tedotez, sita en la bahía de Timibúcar, recibió el nombre de Santa Cruz en recuerdo de la festividad de ese día.

La última isla incorporada a la Corona de Castilla fue Tenerife, doblegada en 1493 —dos años después del asentamiento de los castellanos en Melilla— por el mismo Fernández de Lugo tras una resistencia inesperada y la grave derrota sufrida en el barranco de Acentejo ante los guanches del jefe Bencomo, quienes causaron más de novecientas bajas a los españoles. Al final, la caballería castellana se impuso en el llano de Aguer, apoyada por más de seiscientos renegados, que cayeron por sorpresa sobre la retaguardia de los bravos indígenas. La Paz de los Realejos, en 1496, terminó con la contienda, si bien quedaron algunos grupos irreductibles en las cumbres hasta bien entrado el siglo XVI.

Un marino apátrida para una gesta histórica

Quizá no sea lo más correcto hablar de apátrida para referirse al descubridor de América, pero lo cierto es que por su cuna —como por la de Homero o la de

Cervantes— contienen distintos lugares, al igual que por sus restos, que, como luego veremos, tampoco descansan en un lugar claro.

Lo cierto es que un tal Cristoforo Colombo, un marino de probable origen genovés, tras desembarcar en Moguer (Huelva), se personó un día de 1485 en el convento franciscano de La Rábida, procedente de Portugal, viudo y con su hijo Diego, nacido de su matrimonio con Felipa Monis, con quien había convivido en la pequeña isla de Porto Santo, al noreste de Madeira. Allí había escuchado relatos de navegantes que hablaban de islas desconocidas en el interior del océano, e incluso de la posibilidad de llegar a las Indias navegando hacia el oeste.

Algunos documentos, en los que consta su sobredicho nombre original, sus supuestos progenitores (Domenico Colombo y Susana Fontanarossa), la fecha de su nacimiento y su patria chica (Savona, Génova, 1451), así como otro donde el propio interesado se declara genovés —«della salí y en ella nací»—, le conceden un origen italiano, además de un escrito de Pedro de Ayala, embajador de los Reyes Católicos en Inglaterra, donde textualmente dice «otro genovés como Colón», a los que hay que añadir la afirmación de Hernando de Colón en su testamento: «hijo de Cristóbal Colón, genovés, primer Almirante que descubrió las Indias». También se expresan en este sentido las actas municipales genovesas en 1931 y 1932.

Sin embargo, han aparecido otras candidaturas en sentido diverso. Entre ellas, la catalana, basándose en el uso que Colón hace, en ocasiones, de su título y su apellido en esa lengua (*almirant, Colom*) y en el hecho de que no aparece prácticamente nunca escrito en lengua italiana. Para Salvador de Madariaga (*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*), el descubridor solo era genovés por su ascendencia judeoconversa —los Colom, judíos catalanes



Casa-museo Colón en Valladolid, construida en 1968 reproduciendo una posada histórica del siglo XVI y el Palacio del Almirante en la isla de Santo Domingo, propiedad de Diego Colón, hijo del descubridor. Foto: Carlos Javier Taranilla

afincados en Génova—, razón por la cual no aclaró nunca su lugar de nacimiento y prefirió ocultar también sus orígenes familiares; con esta opinión coincide Juan Eslava Galán, aunque solo en cuanto a la ascendencia de su progenitora: «pero él era hijo y nieto de cristianos».

A pesar de otras hipótesis que le otorgan origen mallorquín, portugués y un largo etcétera sin mayor fundamento que el especulativo (Sevilla, Guadalajara, Plasencia, Vascongadas... Grecia, Inglaterra, Córcega, Noruega, Croacia), ha cobrado relevancia un documento aparecido en los archivos municipales de Pontevedra, en el que constan los dos apellidos del interesado: Colón y Fontanarossa, quizá solo una casual coincidencia.

En La Rábida fue escuchado por fray Antonio de Marchena, muy versado en astronomía, y el antiguo confesor de la reina, fray Juan Pérez, quienes le pusieron en contacto con los duques de Medina-Sidonia y Medinaceli.

Este le organizó una entrevista con Isabel la Católica en Alcalá de Henares, pero solo obtuvo largas ante la prioritaria conquista de Granada.

Pasados tres años sin respuesta afirmativa, Colón volvió a dirigirse a Portugal, donde sus planes habían sido ya rechazados por Juan II, para intentar de nuevo convencer al monarca, al tiempo que enviaba a su hermano Bartolomé a Inglaterra con el mismo propósito e incluso lo intentó también en Francia. Al no tener éxito en ninguna parte, optó por continuar insistiendo en España, apoyado por nuevas e influyentes amistades, como el acaudalado judeoconverso valenciano Luis de Santángel, escribano de Aragón, o el nuevo confesor de la reina, fray Hernando de Talavera.

Isabel la Católica le llamó esta vez a Granada, tras la entrega de la plaza por el sultán Boabdil el Chico el 2 de enero de 1492, pero las pretensiones de las que hacía gala el supuesto genovés, tanto de tipo financiero como político, causaron la negativa del rey don Fernando. Cuando caminaba abandonándolo todo, vinieron a buscarle porque se acababa de producir un acuerdo: su amigo Santángel ponía la mayor parte del dinero (1.400.000 maravedíes de los dos millones en que se habían cifrado los costes), en calidad de préstamo a la Corona, y el rey no tenía inconveniente en aceptar el título de almirante que Colón exigía. Solo hacía falta completar el resto del presupuesto: los reyes contribuían con trescientos cincuenta mil maravedíes y los hermanos Pinzón concedieron a Colón un préstamo por importe de la octava parte del total: doscientos cincuenta mil maravedíes. Se procedió así a firmar los acuerdos, que se conocen como Capitulaciones de Santa Fe por haber sido otorgados en esta localidad granadina. En sus estipulaciones se acordaron los derechos y obligaciones de Colón: se le concedían los títulos de almirante de la mar Océana y gobernador de las tierras que descubriese, así como la

octava parte de los beneficios debido a su obligación de contribuir con idéntica proporción en los gastos de la empresa a través del citado préstamo.

Los preparativos técnicos del viaje corrieron a cargo de expertos marinos onubenses, los hermanos Pinzón (Martín Alonso, Francisco Martín y Vicente Yáñez), así como de los armadores Pinto y Niño, quienes contribuyeron con dos carabelas: la Pinta (capitaneadada por Martín Pinzón, que tenía parte en ella) y la Niña (gobernada por Vicente Yáñez). El cartógrafo cántabro, Juan de la Cosa, aportó la Marigalante, una nao rebautizada como Santa María en honor a la Virgen, de la que era muy devota la reina Isabel; en ella, pilotada por el montañés, viajaba al mando de la flotilla el almirante Colón.

La expedición partió un tres de agosto del puerto de Palos de la Frontera (Huelva), dos días después de que venciese el plazo para que todos los judíos abandonaran España, por lo que es probable que la mayor parte de la tripulación estuviese formada por estos hombres que no tenían adónde ir. Pusieron rumbo, en principio, a Canarias. En La Gomera, Colón fue acogido en el torreón del Conde, que aún subsiste, por doña Beatriz de Bobadilla, viuda del tirano Peraza. Partieron el seis de septiembre, tras efectuar algunas reparaciones y aprovisionarse de agua y víveres, como recuerda una inscripción («Con este agua se bautizó América») en el brocal de un pozo de San Sebastián, capital de la que ostenta con orgullo su título de «isla colombina».

Siempre en dirección oeste, y favorecidos por los vientos alisios, que en esa época del año soplan hacia el continente americano, la expedición tocó tierra el doce de octubre, después de avistarla en la madrugada el vigía Rodrigo de Triana desde la Pinta —que por ser más ligera iba en cabeza— y saludarla con un cañonazo, tal como estaba acordado. A continuación, según dice el diario de a bordo del almirante, «arriaron velas y quedaron al

paíro hasta que amaneció el día 12 de octubre, que llegaron a una isleta que se llamaba en lengua de los indios Guanahani». Atrás quedaron días inciertos cuando, amotinada, la tripulación estuvo a punto de abortar el viaje del Descubrimiento.

Colón bautizó a esta isla del actual archipiélago de las Bahamas como San Salvador y tomó posesión de la misma en nombre de los Reyes Católicos. Alcanzaron luego otras islas cercanas, a las que denominaron Concepción, Fernandina, Isabela y Juana (en honor al príncipe Juan, que aún vivía), a la cual los nativos llamaban con su nombre actual: Cuba. Creyeron que habían llegado a las tierras del gran Khan de Mongolia, a pesar de que los indígenas ni se parecían físicamente ni tenían el grado de civilización que habían descrito viajeros como Marco Polo.

Posteriormente, desembarcaron en La Española (Santo Domingo), que los indígenas taínos denominaban Bohío, Baneke o Bareke, donde construyeron con los restos de la Santa María, que había encallado, un fuerte al que pusieron Navidad en alusión a la festividad del día. Dejaron una pequeña guarnición y regresaron a España, donde les daban ya por desaparecidos.

Una tempestad separó las dos carabelas. La Pinta, capitaneada por Alonso Yáñez Pinzón, llegó a Bayona la Real o Bayona de Miñor (Pontevedra), tal como recuerda un monolito en la villa, trayendo la primera noticia a nuestra patria de que había camino a las Indias por poniente. La Niña, con Colón a bordo, arribó a Lisboa, desde donde el almirante escribió a don Fernando y doña Isabel. Ambas naves llegaron luego, casualmente, el quince de mayo al puerto de Palos.

Los Reyes Católicos recibieron a finales de abril, con todos los honores, a Colón en Barcelona —donde tenían establecida entonces su corte— y comenzaron los preparativos para una segunda expedición, que partió también de

Palos el veintiséis de septiembre, ya por todo lo alto: diecisiete naves, mil quinientos hombres, cabezas de ganado (los primeros caballos que hollaron tierra americana) y productos de siembra, entre ellos caña de azúcar, embarcada a su paso por Canarias.

Según la mentalidad de la época, la autoridad para otorgar la posesión de las tierras descubiertas correspondía al papa, el español Alejandro VI, a quien los Reyes Católicos solicitaron la soberanía y evangelización de las mismas. El pontífice así lo confirmó por la bula *Inter Caetera* de 1493, además de establecer, con el fin de evitar conflictos, la separación jurídica entre España y Portugal respecto a las tierras por descubrir en un meridiano a cien leguas al oeste de las islas Azores, quedando para este último país los territorios al este de dicha línea imaginaria. En 1494, ante las protestas de los portugueses, que vieron favoritismo en la decisión papal, los Reyes Católicos accedieron por el Tratado de Tordesillas a modificar la demarcación hasta trescientas setenta leguas a poniente de Cabo Verde.

Siguiendo un rumbo algo más meridional que en el viaje anterior, la flota llegó a las que hoy denominamos Pequeñas Antillas, luego a Puerto Rico (Boriquén de los nativos) y, finalmente, a La Española, donde encontraron destruido el fuerte Navidad y muerta toda la guarnición que habían dejado. Fundaron un nuevo establecimiento con el nombre de Isabela.

Ante las disensiones que comenzaron a surgir entre los colonizadores, sobre todo porque Colón, que estaba al mando, era extranjero, este decidió regresar a España (1496), donde fue bien recibido por los reyes y autorizado a organizar un tercer viaje, que tuvo lugar entre 1498 y 1500, partiendo de Sanlúcar de Barrameda.

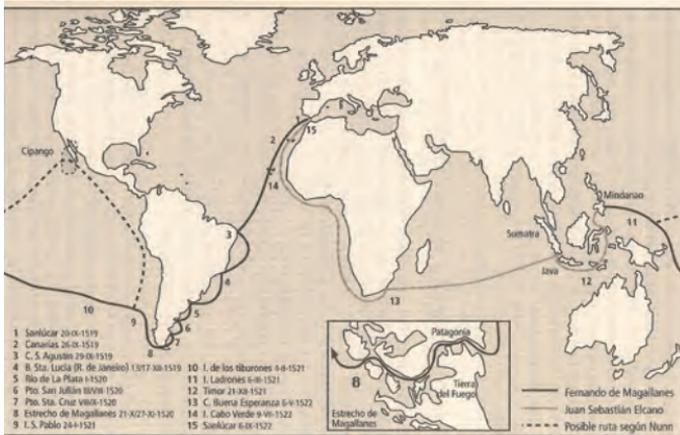
En él, con rumbo más al sur, llegó a la costa norte de Brasil y exploró las de Venezuela y la isla Trinidad. Ciego en su empeño de hallarse en Asia, identificó el

delta del Orinoco, en su paroxismo religioso, con los cuatro ríos del paraíso que cita la Biblia (Guijón, Pisón, Tigris y Éufrates). Para él, tras este viaje, el mundo tenía una forma no exactamente circular sino de pera, siendo en el saliente de esa imagen donde se hallaría el paraíso terrenal que cita el libro sagrado.

Después se dirigió a La Española, donde su hermano Bartolomé, que había quedado al frente, estaba sufriendo una sublevación por parte de los insatisfechos colonos, ya que no eran dueños de lo que descubrían, oro incluido, sino que debían entregar todo a la Corona a cambio de un salario, por lo que muchos decidieron explotar las tierras por su cuenta con mano de obra indígena. Colón intentó introducir el tráfico de esclavos, pero la reina Católica se opuso indignada, ante lo que el descubridor decidió gravar con altos tributos a los indios; pero sirvió de poco porque estos no estaban hechos para este trabajo y apenas producían. Así que el sistema de explotación resultó un fracaso económico. La riqueza de las Indias estaba aún por descubrir.

En vista de ello, los reyes, tras enviar a Francisco de Bobadilla para que restableciera el orden, dejaron en suspenso la exclusiva que había sido otorgada a Colón —conducido a la península cargado de cadenas—, y abrieron el comercio del Nuevo Mundo «a todos nuestros súbditos y naturales para que vayan a las dichas islas y tierra firme a descubrirlas y a contratar con ellas», con la obligación de pagar a la Corona el 10 % de los productos que se desembarcasen en España.

De esta manera, se emprendieron los llamados «viajes menores», que tuvieron lugar entre 1499 y 1513 (descubrimiento del océano Pacífico por Núñez de Balboa), en los que se exploraron el mar del Plata y el istmo de Panamá; fueron protagonizados por particulares en busca de negocio, como los antiguos participantes en la primera



Trayectoria seguida por los barcos de Magallanes-Elcano.

expedición: Pedro Alonso Niño, Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón y otros, como el cosmógrafo florentino Américo Vesputio (1454-1512), que fue el primero en divulgar en sus obras *Mundus Novus* y *Carta a Soderini* (1503-1505) la existencia de un nuevo continente; en su honor, el cartógrafo Martín Waldseemüller, al elaborar su mapa *Universalis Cosmographia* (1507), les dio a aquellas tierras su nombre actual: América.

Colón murió manteniendo que había llegado a las Indias. Otra cosa no quiso reconocer, ni siquiera tras un cuarto y último viaje autorizado de nuevo por los reyes, ya en 1502, en el que recorrió las costas de América Central y llegó hasta la actual Colombia (que llamó Nueva Andalucía), afanándose en la búsqueda de un paso hacia el océano que le pusiera en contacto con Cipango (Japón) y Catai (China). Pero no lo encontró, por lo que resultó un nuevo fracaso la expedición en la que había fantaseado con grandes riquezas con las

que, nada menos, confiaba organizar una cruzada para liberar Jerusalén de los turcos.

La muerte de la reina en 1504 precedió en dos años a la del descubridor, cuyos herederos entraron en pleitos (los Pleitos Colombinos, que tuvieron lugar principalmente entre 1508 y 1536) por los derechos que podían corresponderles de su causahabiente. Enterrado primero en Valladolid y trasladado su cuerpo a la isla de Santo Domingo, de acuerdo a la voluntad expresada en su testamento, hoy parte de sus restos se hallan en la catedral de Sevilla, y se discute si los demás están repartidos entre la catedral dominicana y la de La Habana, en Cuba, adonde habrían sido trasladados tras la entrega de una parte de la isla de Santo Domingo (Haití) a Francia en el Tratado de Basilea (1795).

LA PRIMERA VUELTA A LA TIERRA. VOLVER AL PUNTO DE PARTIDA DANDO UN RODEO

La ruta marítima hacia Asia había quedado abierta tras el descubrimiento en 1513 del mar del Sur (luego océano Pacífico) por Núñez de Balboa, que había salido de La Española (Santo Domingo) atravesando el istmo de Darién en el actual Panamá al frente de una expedición en busca de oro.

Los españoles se afanaron en encontrar el estrecho que pusiera en comunicación este océano con el Atlántico, con el objeto de alcanzar por vía marítima las islas de las Especies navegando rumbo al oeste, tal como había propuesto Colón antes del descubrimiento de América y habían conseguido ya los portugueses por el punto cardinal contrario.

El 20 de septiembre de 1519 zarpó del puerto de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) una expedición procedente

de Sevilla, de donde había salido Guadalquivir abajo el diez de agosto, formada por cinco naves (Trinidad, que era la capitana, San Antonio, Victoria, Santiago y la Concepción) y doscientos sesenta y cinco hombres, dirigida por Fernando de Magallanes, un portugués al servicio del rey de España.

«¡Larguen en el nombre de Dios!». Comenzaba la aventura.

Se dirigieron primero a Tenerife; luego, poniendo rumbo al sur, traspasaron la línea equinoccial —donde, según decía don Quijote, se mueren los piojos— y, buscando los vientos alisios, navegaron hacia América. Tras recalar en la costa brasileña, alcanzaron la desembocadura del río de la Plata y continuaron en dirección meridional recorriendo las desoladas costas de la Patagonia, hasta entonces desconocidas. Recalaron en la recién descubierta bahía de San Julián y se prepararon para soportar el invierno glacial, esperando la primavera para proseguir viaje.

Después de sofocar una rebelión, en la que se perdió uno de los barcos, hallaron paso en la punta meridional del continente, en el estrecho cercano a la Antártida que hoy lleva el nombre del marino luso jefe de la expedición; otra nave había desertado para retornar a España.

Las tres restantes se adentraron el 21 de octubre de 1520 por el citado estrecho, que les condujo treinta y seis días después (veintisiete de noviembre) al océano que llamaron mar de las Calmas por la tranquilidad de sus aguas y lo favorable de sus vientos, pues durante gran parte de la travesía conocieron un inusual período de bonanza. Una nueva desertión, la San Antonio, había vuelto a mermar la flotilla.

Ya en Asia, solas dos naves, después de un duro trayecto y cuando cambiaron las condiciones climatológicas, arribaron, tras descubrir las islas Ladronas

(hoy Marianas), a Cebú, isla perteneciente a un archipiélago que denominaron Filipinas en honor al futuro rey Felipe II. En la isla de Mactán perdieron la vida Magallanes y la mitad de la tripulación combatiendo contra los indígenas (27 de abril de 1521).

Luego, llegaron a las islas Molucas y, aunque los nativos acataron la soberanía de Carlos I de España, una vía de agua impidió la partida de la Trinidad, por lo que la mitad de la tripulación se quedó allí para repararla, pensando partir luego hacia Panamá, Pacífico a través. Pero los portugueses, que ya habían ocupado estas tierras, les recibieron belicosamente y acabaron con ellos.

La nao Victoria, no sin antes cargar cerca de treinta toneladas de especias, se había hecho a la mar con sesenta hombres a bordo el 21 de diciembre de 1521, para llegar a Timor cuatro meses más tarde y aprovisionarse durante quince días. La capitaneaba el marino vasco Juan Sebastián Elcano, quien se había enrolado como contraestre de la Concepción. Él fue quien completó la gesta de probar la redondez de la Tierra tras regresar a Sanlúcar de Barrameda el 6 de septiembre de 1522 —tres años menos catorce días después de su partida— por la ruta de los portugueses, es decir, atravesando el océano Índico y bordeando África en dirección norte, perseguidos por aquellos y destrozados por las tempestades. Atrás quedaron catorce mil leguas de viaje.

Los dieciocho hombres que lo consiguieron, en la mañana del 9 de septiembre, «en camisa, descalzos, llevando un cirio encendido», ante los ojos atónitos de los sevillanos (en cuyo muelle había recalado el día anterior la nave Victoria, totalmente desarbolada), que hincados de rodillas presenciaban el fantasmal cortejo, después de besar la tierra que los había visto partir más de mil días atrás, acudieron a la iglesia de Santa María la Antigua en acción de gracias mientras sonaban las salvas de artillería.

Con ocasión del cuarto centenario de la hazaña, tuvo lugar en la localidad vizcaína de Guetaria —patria chica de Elcano—, con presencia de Alfonso XIII y barcos de distintos países, una cabalgata conmemorando dicha llegada a Sevilla, acto que se sigue celebrando actualmente.

En Valladolid, Elcano fue recibido por Carlos I, quien le concedió un escudo de armas coronado por un globo con la leyenda «Primus circumdedisti me», además de una pensión vitalicia de quinientos ducados anuales. El emperador escuchó atónito tanto el descargo de las acusaciones que se vertían sobre el marino vasco como las vicisitudes de la terrible travesía, que constan en el minucioso diario de a bordo de Antonio Pigafetta, un erudito italiano nacido en Vicenza que fue el cronista del viaje y uno de los supervivientes; el original se ha perdido pero se conserva una descripción del recorrido escrita por él mismo entre 1522-1525:

La galleta que comíamos no era ya pan, sino un polvo mezclado con gusanos, que habían devorado toda la sustancia, y que tenía un hedor insoportable por estar empapado en orines de rata. El agua que nos veíamos obligados a beber era pútrida [...].

Nuestra mayor desdicha era vernos atacados de una enfermedad por la cual las encías se hinchaban hasta sobrepasar los dientes y los atacados de ella no podían tomar ningún alimento. Murieron diecinueve marineros y otros treinta sufrieron la enfermedad, con fuertes dolores en brazos y piernas, pero sanaron.

A la vista del valiosísimo cargamento que habían traído «los náufragos», Carlos V, desoyendo las reclamaciones de Portugal, envió a las Molucas, en 1525, una gran expedición compuesta por siete naves al mando de García Jofre de Loaísa y el propio Elcano. Ambos perecieron en la dura travesía del Pacífico —el cuerpo de Elcano fue



Mapa de las islas Molucas, 1630.

arrojado al mar el 4 de agosto de 1526—, aunque la flota consiguió llegar a las codiciadas islas, donde tuvieron que enfrentarse con los portugueses.

Otra nueva expedición salió de México en 1527, con Álvaro de Saavedra al mando, para socorrer a sus compatriotas. En el transcurso de la misma se descubrió Nueva Guinea. No obstante, ante los agobiantes conflictos que soportaba el emperador en Europa (guerras con Francia, los protestantes), este optó por transigir con el rey de Portugal —que no dejaba de ser el padre de su actual esposa— y acordó con él una nueva línea divisoria a doscientas setenta leguas al oriente de las ricas Molucas, dejando así la explotación de este archipiélago en manos de sus vecinos ibéricos.